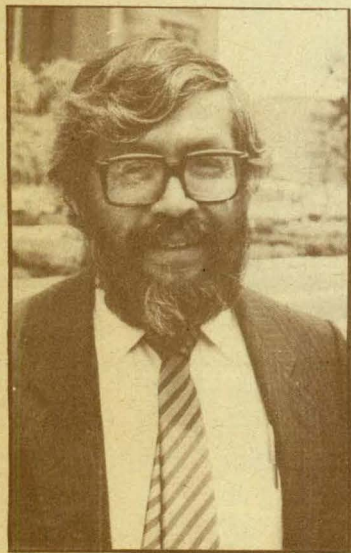


¡Por favor,

A Pachuca, No!

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Tal vez las líneas que siguen sean una cínica aplicación del sabio principio filosófico que admite que se haga la voluntad de Dios... pero en los bueyes de mi compadre. La verdad es que pretende ser un llamado a la sensatez de funcionarios federales y estatales de Hidalgo, que al conjuro de la descentralización, han tomado ya, y están a punto de tomar, decisiones que afectarán adversamente a ciudades como Pachuca. Pareciera extravagante, en épocas en que la popularidad gubernamental están a la baja, y crece por oleadas el desdén hacia la clase gobernante, creer en, y predicar, la prudencia de funcionarios, a la que apelo.

Pero no participo de la idea de que los miembros de la administración son, todos adocenados ni corruptos, sino que, al contrario, abundan entre ellos las personas honorables y ganosas de cumplir su deber del mejor modo posible. Por eso adelanto aquí mi petición. ¡A Pachuca no, por favor!

Varias oficinas federales anunciaron ya su traslado a la capital hidalguense. Otras lo harán en los próximos días. Por varias razones ha sido una decisión errónea. Primero, porque en realidad así no se descentraliza nada. Pachuca está a menos de cien kilómetros de la ciudad de México, conectada con ella por una magnífica autopista, un adecuado sistema de transporte carretero y, próximamente según se ha avisado, una autovía de servicio rápido. Aunque no sea realidad, aún, la negra profecía de Edmundo Flores, que imaginó una horrible Mexcuepuetopa para dentro de pocos años, es decir una colosal marcha urbana cuya denominación proviene de las primeras sílabas de las ciudades que quedarían unidas por la aglomeración urbana (México, Cuernavaca, Puebla, Toluca y Pachuca), trasladar oficinas de la capital de la República a la de Hidalgo nos acercaría a ese pronóstico.

Segundo, porque Pachuca no está preparada para los aluviones de personas, con su cauda de demandas, que se asentarán en la ciudad y sus inmediaciones. Sus servicios públicos no han estado, nunca, a la altura de sus necesidades. Es verdad que en los tiempos recientes la vialidad, por ejemplo, ha sido y está siendo transformada, casi nunca con fortuna para el aspecto general de la ciudad. Para abrir una calle, por ejemplo, se derribó el Centro Social y Deportivo Pachuca, asiento del deporte minero, cuyo significado para la vida de esa localidad sólo puede ser entendido para quien haya vivido en ella largo tiempo. Aunque las instalaciones se reemplacen, la tradición es irre recuperable. Ese efecto, que ya se produjo merced a una manera de enfrentar el crecimiento de la ciudad, cuando éste se hallaba sujeto a sus ritmos naturales, se multiplicará si Pachuca debe dar cauce fluido a la circulación vehicular que de pronto crecerá abrumadoramente.

Otro problema grave es el del agua. Por décadas, ha sido una de las carencias de la ciudad. Las fuentes normales de aprovisionamiento: las presas de La Estanzuela y de Jaramillo, al norte de la capital hidalguense, y los pozos de Téllez y La Paz, al sur, nunca fueron suficientes, y en los barrios altos y marginales se hizo proverbial la falta del líquido. Ya ni siquiera es dable

suponer que de las planicies agrícolas que se extienden entre Tezontepec y Pachuca sea posible llevar nuevos caudales, porque de allí se están trayendo a la ciudad de México cada vez mayores volúmenes acuíferos. Y ni hablar de las complicaciones de vivienda, educación, salud, etcétera.

No es (sólo) aldeanismo cerril lo que me mueve a firmar este alegato. Es el recuerdo de experiencias desastrosas lo que me lleva a exponer esta solicitud de que Pachuca no sea lastimada con el discutible honor de convertirse en nueva sede de oficinas federales. Hace una década, un ímpetu descentralizador semejante al de ahora, así no estuviera causado por un terremoto, recorría al país. Su mayor concreción ocurrió con el Instituto Mexicano del Café, que debió abandonar el lujoso edificio que ocupaba (en Reforma, junto al Cine Latino) y ubicarse en Jalapa y Coatepec, bajo el peregrino argumento de que se concentraba allí una buena parte de la producción cafetalera nacional.

Todo salió mal: El Instituto conservó oficinas en la ciudad de México y se multiplicaron muchas veces los gastos de transporte del personal directivo que iba y venía de la capital veracruzana a la de la República. En Jalapa sucedió una tragedia en vez de la bendición que los imaginativos descentralizadores supusieron: una recoleta ciudad cuyos servicios satisfacían a una población moderada, arribaron de pronto cientos de empleados federales con sus familias, y provocaron inflación porque sus salarios eran mayores que los promedios en la comarca y por lo tanto podían pagar más por bienes de consumo y servicios. Las rentas se fueron a las nubes, escasearon los productos básicos, las escuelas quedaron copadas, ninguna sirvienta quería trabajar sino con los funcionarios procedentes de la capital, etcétera.

Una experiencia peor, más cercana en el tiempo y más próxima a Pachuca en la geografía, ocurrió en Tula. La antigua capital tolteca había recibido, desde décadas atrás, el infortunio del progreso industrial cuando se establecieron allí fábricas de cemento cuyos residuos empolvaban la ciudad y dañaban la salud de sus habitantes. Pero luego, como maldición, se decidió instalar allí una termoeléctrica y una refinería. La modernización así buscada dejó magros beneficios a la población de Tula, porque las plantas y sus trabajadores no consumían productos de la región, pero sí implantaron en ella, a cambio, lacras y vicios de una gran ciudad, sin que el municipio estuviese preparado para enfrentarlo.

El número de ejemplos puede crecer hasta el infinito. Nadie en su sano juicio puede oponerse a la descentralización de la vida nacional, aunque el modo de asumirla sea oportunista. Debe resistirse, y combatirse, en cambio, la prepotencia de llevar a cabo este proceso de manera impensada, apresuradamente, sin tener en consideración los efectos que provocará en las ciudades en que se ubiquen las oficinas desplazadas. Se comprende que, en ellas, haya sectores interesados en recibir legiones de consumidores. Se entiende, asimismo, que en el gobierno de las localidades afectadas o se expresen sólo tímidas reticencias o se manifiesten de manera no siempre responsable las posibilidades de recepción de nuevos pobladores. Durante décadas, Pachuca y su comarca han sido zonas de expulsión demográfica. Arraigar a sus habitantes implica la creación de fuentes de trabajo y de servicios para la vida humana considerada en su conjunto, que no pueden generarse de la noche a la mañana, solamente para acatar una moda y por cumplir ante los superiores. Que también la gente cuente.

26/XI/86